



INSTITUTO RICARDO PALMA

AULA PALMA III

2002 – 2003

(Separata)



© Rolando Díez de Medina, 2014
La Paz - Bolivia

Marcelo Arduz

BOLIVIA

Ricardo Palma:

La Reconquista Espiritual de América

En la vida republicana, hubo una época en que el Perú, rescatando el esplendor y la primacía que detentara en los inicios de la época virreinal, había promovido por recomendación expresa de Bolívar al Mariscal Andrés de Santa Cruz, una unidad política que despertaba simpatías hasta en la otra orilla del océano. En medio de la anarquía reinante tras quince años de lucha emancipadora, la Confederación Perú Boliviana logró sentar las bases de la organización política, administrativa y jurídica de las dos entonces nacientes repúblicas, para convertirlas en el Estado más poderoso y organizado de todo el continente austral. Pero, al mismo tiempo, en esa expectable situación afincaban las causas de su adversidad futura.

Los países vecinos, no tardarían en ver en el rápido fortalecimiento de la Confederación un peligro, repitiendo contra su Protector Supremo la acusación que en su tiempo se esgrimiera contra el mismo Libertador, al que se lo llegó a tildar de un nuevo Napoleón en el suelo americano. En afanes de destruir dicha unión, Chile se alía con Argentina y Ecuador, pero aunque este último país en pleno camino desiste de tal propósito por considerar a Santa Cruz un co-libertador de su territorio en la batalla de Pichincha, tropas chilenas atacan la costa meridional peruana y el dictador Rosas ordena la invasión de Bolivia por el Sur.

El ejército confederado, resiste el embate en las proximidades de Tarija, haciendo retroceder las tropas argentinas hasta más abajo del extremo sur de Catamarca. Mientras diversos pueblos lo aclaman y solicitan su anexión a la Confederación, Santa Cruz imparte órdenes de repliegue como muestra de la política de buena vecindad y respeto a la integridad territorial que propugnaba. Idéntica actitud adopta frente a las tropas chilenas, que derrotadas en Paucarpata firman su

rendición, devolviéndoles sus pertrechos de guerra y acompañándolas hasta sus barcos con honores militares para despedirlas.

No obstante, al retorno de esos ejércitos a su país de origen, el Congreso chileno desconoce el Tratado de No Agresión Permanente suscrito. Poco después autoriza una nueva excursión, que ataca por el norte del Perú y en una conjura con caudillos criollos movidos por apetitos personales, derrotan al gran Mariscal en Yungay. Cuando Santa Cruz se dispone a llevar refuerzos desde Lima, en esta capital lo habían traicionado acusándolo de enseñorearse del Perú sin ser peruano y, paralelamente, en Bolivia estalla un movimiento insurreccional en su contra, bajo el pretexto de que siendo boliviano se había vendido al Perú. Al advertir los interventores el poderío de los ejércitos peruanobolivianos, adiestrados en el fragor de la causa libertaria, se dieron a la tarea de sembrar cizaña en ellos, a fin de aprovechar su propia fuerza interna para derrotarlos.

Fugitivo y fatigado tras el desastre de Yungay, la noche del 25 de enero de 1839, el Mariscal recorre las vías desérticas de Lima, en compañía de tres leales militares. Nadie sospecha de su arribo, pues detrás de puertas y ventanas cerradas la ansiosa y amedrentada población aguarda que llegue el alba con noticias del Norte. Únicamente el eco del acelerado paso de los cascotes de caballos que resbalan entre las piedras, conmueve las calles de la capital. Al pasar por el rastro de San Francisco, la voz de un niño sobresalta al Mariscal con el grito de ...» ¡VIVA SANTA CRUZ!» Aquella voz, fue la única reacción positiva que escuchara tras la caída de la Confederación. Esa voz era la de Ricardo Palma, cuando apenas contaba con seis años de edad, como más tarde lo confesaría en un apéndice de las páginas de sus famosas tradiciones.

Ese fue el triste final del único paso sólido, concreto, que se diera en pos de la reunificación del antiguo Virreinato de Lima y el visionario sueño de la «Patria Grande» latinoamericana. Santa Cruz es perseguido por igual en el Perú como en Bolivia, donde es declarado «indigno de llevar el nombre de boliviano», puesto al margen de la ley, humillado y vejado; y luego de pasar algunos años en la clandestinidad, es apresado en el Perú y entregado prisionero a Chile, firmando ambos países junto con la república boliviana un Tratado Tripartito para deportarlo a Europa con la prohibición expresa de volver a pisar cualquier punta de América, convirtiendo de esta manera al que fuera uno de los próceres de la emancipación en el primer exiliado de todo el continente. Luego, densas sombras caerían sobre el destino de ambos países, prolongadas pocas décadas más tarde en la ocupación de Lima y la pérdida del litoral para Bolivia.

Años más tarde, en París, la ciudad que diera cobijo al Mariscal hasta el final de sus días, una mañana primaveral de 1864, Ricardo Palma mantuvo una amena conversación con él, publicando en «La Prensa» de Buenos Aires un extenso artículo titulado: «Una visita al Mariscal Santa Cruz», para incluirlo también en la serie de las Tradiciones... En un tiempo en el que la inquina hacia el gran Mariscal era generalizada, el trabajo tuvo la valentía de reivindicar su figura ante la posteridad, relevando sus grandes cualidades de administrador y estadista, lo cual, sin duda, es una muestra de la amplia y progresiva visión que Ricardo Palma alentaba en favor de la unidad continental.

Además de la tradición anteriormente comentada, entre algunas otras de temática boliviana destacan las referentes a la de la cruz de Carabuco, con la cual uno de los Apóstoles de Cristo predicara el cristianismo en tierras americanas mucho antes de la llegada de los españoles; el paso del llamado «Demonio de los Andes» (Carvajal) por los campos de Huarina; algunos pasajes en la vida de la señorial capital de la Audiencia de Charcas; las guerras entre vicuñas y vascongados en la Villa Imperial de Potosí, en las que tuvo que intervenir el Virrey de Lima; diversas anécdotas sobre los Libertadores Bolívar y Sucre; la prologada visita del Conde de Lemos a las márgenes de la entonces llamada laguna de Chucuito y las fabulosas riquezas de la Virgen del Titicaca, sobre las cuales Palma expresa que «dudamos mucho que en toda la cristiandad haya existido templo en el que, como en el Santuario de Copacabana, la devoción de los fieles hubiera contribuido con tantos donativos de alhajas y metales». Esta tradición intitulada «Ciento por Uno», es considerada por Antonio Paredes Candia como una de las mejores que se hayan escrito referentes a la nacionalidad boliviana, por lo cual la reseñamos brevemente.

Ricardo Palma se refiere al origen de un gigantesco candelabro de pura plata, que pesaba veintiséis arrobas, con 365 cabezas por cada uno de los días del año. Relata la historia de un comerciante español que, encontrándose en completa ruina, con sus últimos recursos acudió hasta el Santuario del Titicaca para proponer a la Virgen el siguiente trato: «Madre mía -le dijo- tú que lees en los pliegues mas secretos del alma, sabes que soy honrado a carta cabal. Te pido que me prestes lo que, hoy por hoy, no te hace falta. Celebraremos una compañía mercantil, que yo te juro pagarte ciento por uno. Tu serás la socia capitalista, y yo el industrial». Y así, Alonso Escoto que era como se llamaba el comerciante, se llevó un par de pendientes y dos candelabros de plata que vendió en Arequipa para comprar un cargamento de vinagre, el mismo que para su sorpresa se convirtió en villa de la mejor calidad, al llegar a la capital de los virreyes en una época de la peor escasez de ese producto. La transacción le reporto una ingente fortuna, que le permitió saldar todas sus cuentas, incluida la del «Ciento por Uno», pues frente al altar de la Virgen en la multitudinaria festividad del 2 de febrero del año 1616, se veía el maravilloso candelabro de pura plata. Tal fue la ganancia que correspondió a la Virgen, entre muchos otros regalos, en tan singular contrato mercantil.

El relato concluye, con la noticia de que a inicios de la vida republicana, a fin de cubrir las falencias dejadas por la prolongada lucha libertaria, se fundieron todas las riquezas en oro y plata del Santuario, entre las cuales se encontraba el celebre candelabro que fuera admiración del mundo entero. También refiere que las joyas de la Virgen fueron adjudicadas como pago de honorarios devengados a los ejércitos que bajaron hasta el Alto Perú y que a la esposa de uno de esos generales colombianos que ostentó en una fiesta de gala la gargantilla de diamantes de la Virgen, se le cerró la garganta de tal manera que perdió el habla y poco después falleció.

Entre los vínculos literarios que Ricardo Palma mantuvo con la nación boliviana, se debe destacar que fue padrino de una de las mas célebres figuras del parnaso boliviano, quien junto a Rubén Darío y Lugones fuera fundador de la corriente conocida como «Modernismo». Nos referimos a Ricardo Jaimes Freire, bautizado con ese nombre en honor al Patriarca de las letras peruanas, por la estrecha amistad que lo uniera a su padre Julio Lucas Jaimes, escritor potosino mas conocido por el seudónimo de «Brocha Gorda», que entonces desempeñaba las funciones de Cónsul de Bolivia en Tacna, y su madre Carolina Freire de Jaimes, distinguida periodista, poeta y feminista peruana.

Otra personalidad también potosina, con la que Palma cultivara amistad es el escritor y diplomático Modesto Omiste, autor de las mentadas «Cónicas Potosinas». Mas tarde, la vigorosa corriente literaria que surgiera en Bolivia al calor de las llamadas Tradiciones Peruanas, es liderada por el acucioso e infatigable escudriñador de los usos y costumbres populares e indígenas, don Rigoberto Paredes, labor que con denuedo es seguida por su hijo Antonio Paredes Candia, el máximo representante de la ciencia del folclore boliviano en la actualidad.

En primera instancia, la extraordinaria simpatía que muestra Palma por los territorios altoperuanos, se podría atribuir la afinidad espiritual que une a aquellos Estados que otro intelectual peruano califica no solo de pueblos hermanos, sino también de «Hermanos Gemelos». A esta misma circunstancia, se puede pensar que responde su predilección de incluir muestras bolivianas en el repertorio de tradiciones peruanas o, mejor «Peruanísimas», por utilizar el superlativo.

Sin embargo, consideramos que este no es el caso, puesto que sus acendrados desvelos literarios no se circunscribe a ambas repúblicas, y de pronto sus Tradiciones se ubican indistintamente en otros centros, como Tucumán, Guayaquil, Quito, Popayán o Caracas. Resulta más adecuado pensar que, al centrar en sus inicios las tradiciones en la vida social y costumbrista de la antigua capital de los Virreyes, tal vez sin proponérselo siquiera, termina desembocando en un tiempo en que los antiguos y dilatados territorios del Virreinato del Perú, abarcaban la totalidad del continente austral del Nuevo Mundo.

En algún momento, detractores que no faltan en ningún empeño humano, lo llegaron a acusar de refugiarse en la decadente añoranza de una época en la cual se había iniciado la dominación española en América junto a los resabios de la no menos impuesta lengua castellana. Es decir que en vez de procurar una temática precolombina, alentaba una corriente de pensamiento que exaltaba las virtudes de costumbres importadas desde la otra orilla del océano, que se consideraban no correspondían a la realidad americana. Una literatura que en la época no podía ser calificada de colonialista, entre comillas.

Sin embargo, dando vuelta de cara a la misma medalla, se puede afirmar que por ser el primero en volcar la atención hacia la etapa virreinal, se puede considerar a Ricardo Palma como el iniciador del primer movimiento espiritual unificador del continente a través del idioma castellano, que a partir de entonces forma parte de nuestro ser y de nuestra propia cultura, al operarse en esa etapa una riquísima simbiosis de la que nace la cultura eminentemente mestiza, de la cual todos somos resultado en nuestros días.

A partir del momento, Ricardo Palma se puede hablar de una literatura que se toma la licencia de escribir con plena identidad americana en la lengua de Cervantes, no con el propósito de remarcar sus características para aislarla, sino más bien para proyectarla y buscar su universalidad a través del idioma impuesto por los conquistadores. Es natural, pues, que al abordarse por primera vez esa problemática, no hubiera sido mayormente valorada ni comprendida en su tiempo, prefiriendo mantener el engaño de una corriente sin perspectivas obstruida por un racismo contuso.

Habría que recordar que antes de la llegada de los españoles, las lenguas vernáculas carecían de una dialéctica idiomática, siendo literatura que se expresaba únicamente en planos vitales, es decir no escritos, y en la confrontación de lenguas que se produjo, la conquista terminaría privando al Nuevo Mundo de su maternidad idiomática, aunque sin conseguir jamás extirpar su cultura. En contrapartida, se puede afirmar que antes de la implantación de la nueva lengua, por razones obvias, nunca antes las innumerables culturas que lo habitaban habían conseguido expresarse de manera unitaria.

Sobre aquella «amputación del alma americana», otro gran pensador peruano sostenía que la más vivaz resistencia de las culturas nativas frente a la lengua dominante, encontraba su única vía en la hibridación idiomática, aunque en ese proceso inevitablemente tenga que «españolizarse», lo cual conduciría a mezclar el idioma del amo, planteando como solución aleatoria y provisional «Hacer del español lo que el español hizo de nosotros: Mestizos». Dicho autor, es nada menos que el iniciador del indigenismo en América fundado en el sincretismo idiomático, por lo cual llama a la corriente «Indianista» y no «indígena» a secas. Nos referimos a Gamaliel Churata, quien rescata la hibridación idiomática en manos del indio alfabeto, pues reconoce que el indio tiene mucha casta para entender lo castizo, sentenciando en lo que llama generosa manquera de Cervantes, que «los americanos escribimos al modo siniestro, a merced de la mano que allá los suyos le cortaron».

Dentro del panorama literario universal, así, reconoce Churata que las letras latinoamericanas son literaturas españolas escritas en América y que, únicamente en la medida en que se nutran del sentir cósmico o «lácteo» de los pobladores nativos del continente, podría darse en ellas algún atisbo literario auténtico. Considera que la literatura americana debe ser idiomáticamente híbrida, amalgamando en un genial injerto la pureza traslativa de los valores germinales del alma americana, todas las influencias que la conforman, para establecer al mismo tiempo las características que la diferencian de las de otras regiones.

Como se ve, borrando prejuicios de toda índole, este americano metido a estilista hispano, no pretendió subalternizar la literatura virreinal americana a la literatura hispana, ni tampoco rivalizar con ella. Persigue descifrar a través del idioma castellano la nueva cultura latinoamericana emergente de aquel periodo, tan americano como el precedente, expresándola simplemente para anular los factores que determinaron su inhibición, y para que adquiriera vigencia su voz sobre los

elementos negativos que intentaron soterrarla. Busca entender una etapa auténticamente americana, por formar parte de nuestro propio ser y de nuestra propia cultura, de ahí que la utilización de un idioma que podría interpretarse como alienante, resulte tan natural y auténtico, ante todo por expresarse con la esencia del alma americana.

Toda esta problemática inherente a la nueva lengua americana, fue ya planteada por Ricardo Palma por aquellos años, 1870, cuando se crearon las Academias de la Lengua correspondientes a la Real española, que se erigieron en celosas guardianas y defensoras de la pureza idiomática, frente a lo cual Palma imagina el dichterio, citado por Claudio Maíz en la brillante conferencia que nos brindara el día de la inauguración de este simposio internacional: «Señores Americanos: el Diccionario no es para Ustedes ...es un cordón sanitario entre España y América, (y nosotros) no queremos contagio americano»...

Por ese tiempo la proporción de hispanoparlantes en la península ibérica -según refiere Palma- no excedía de cinco millones, frente a 50 de americanos de habla hispana. En nuestros días la comunidad iberoamericana, con proporciones similares, sobrepasa de los 500 millones, sin embargo la situación muy poco a cambiado hasta la fecha, pues los americanos todavía tenemos la necesidad como en tiempos virreinales de pedir a la Real Española, tenga la gentileza de aprobarnos unos cuantos americanismos mas en cada año que pasa. Sin duda que no podemos cometer la imprudencia de independizarnos del vínculo lingüístico, de igual manera a como rompimos el yugo político en tiempos de la emancipación americana. Pero, si en esta misma conferencia hemos escuchado a colombianos, ecuatorianos, chilenos, cubanos, y ahora argentinos y bolivianos, hablar de su ligazón con la literatura palmista, nos permitimos sugerir que en el presente simposio en homenaje a su memoria, se estudie la posibilidad de fundar en homenaje a su memoria la Academia Latinoamericana de la Lengua Ricardo Palma.

Y si de alguna manera el acervo literario de Ricardo Palma proveniente de la mas pura expresión del castellano virreinal, tiene el mismo significado para América lo que Cervantes representa para la literatura española; de la misma manera que el reino de España mantiene en todo Iberoamérica Academias de la Lengua correspondientes a la Real Española, a efectos de una coordinación mas fructífera con su símil española, sobre la contribución al desarrollo de la lengua castellana es conveniente que se estudie la posibilidad de crear en los demás países latinoamericanos las filiales del Instituto Ricardo Palma con sede en esta Universidad que hay nos cobija, con la perspectiva de que en los años sucesivos se proceda a la fundación de la Academia de la Lengua Ricardo Palma.